muerto, y tuvo tanto miedo de esa pesadilla que se levantó, encendió la lámpara y volvió á leer la carta que le había escrito. Sus palabras expresaban tranquilidad, casi alegría; pero, á fuerza de dar vueltas á ese papel, le pareció que habian llorado encima y que la dirección estaba escrita con mano temblorosa. La sospecha de la verdad se apoderó de su imaginación, y al amanecer corrió á la barraca.

Interrogó á Va-sin-Miedo, quien, á pesar de sus promesas de discreción, no supo resistir á su imperio y le confesó que Siete Espadas se habia marchado como un hombre que hace más de lo que puede, y que no está lejos de sucumbir á la desesperación. Entró en seguida en el escritorio de la fábrica y escribió á Siete Espadas:

. . . . . .

«Querido vecino, para contestar al honor de su estimable carta, le diré á usted que su padrino goza de perfecta salud, y que tengo para él todos los cuidados que dependen de mí. Lo que hago es por amistad para usted tanto como para él, porque son ustedes dos personas á quienes se debe tener estimación. Deseo que sus asuntos vayan á su completa satisfacción. La mía es de quedarme como estoy, porque usted sabe que aun no me he decidido respecto al casamiento. Tengo tiempo de pensar en él, usted lo mismo. Mientras tanto, soy su amiga y compañera por la vida.

»*Juana Antonieta, Gaucher.*»

Cerró el sobre, puso la dirección y regresó á la ciudad, donde empezó por echar su carta al correo



para que no pudiera retroceder, y, aliviada como de un remordimiento, esperó más tranquilamente la entrevista con el señor Anthime.

## XII

Siete Espadas no recibió la carta de Tonina. Había fechado del lugar que se encontraba la que le había escrito, y se marchó al dia siguiente, incierto sobre el camino que tomaría, no teniendo otra idea más que la de alejarse y hacerse olvidar durante una temporada. Además no contaba de ningún modo con una contestación, y sentía que, para conservar su ánimo, necesitaba ignorar lo que durante ese tiempo debia ocurrir en la Ciudad Negra.

Su poco dinero no podia llevarle muy lejos; también pensó muy pronto entrar en alguna fábrica para ganar con que continuar su viaje, porque estaba decidido á ir lejos y sacar provecho de ese destierro voluntario para su instrucción. Paróse en la primera ciudad que encontró, trabajó algunas semanas, y volvió á partir para otra gran población, curioso de estudiar su oficio en una más vasta escala de lo que habia podido hacerlo, y perfeccionarse en el ensayo de diversos trabajos prácticos.

Habiendo asi viajado, ensayado y observado du-

rante muchos meses, recibió, sin duda gracias á la casualidad, una carta de Gaucher, que le daba buenas noticias de su padrino y de su fábrica. El padrino gozaba de perfecta salud y la fábrica daba pequeños resultados bien sostenidos en la medida de una progresión satisfactoria. Según los números, Siete Espadas reconoció que Va-sin-Miedo hacía mucho mejor sus negocios que él habia sabido hacerlos, y esto le confirmó en las reflexiones que se habian presentado á su mente más de una vez ya desde que estaba de viaje: á saber que la pequeña propiedad no puede prosperar con medios pequeños, sin mucha tenacidad, resignación y parsimonia.

Los hombres de imaginación viva, siempre enamorados del pensamiento del progreso rápido, no reconocen bastante que con poco se hace poco, y la desanimación se apodera de ellos fatalmente. Ardiente é inquieto, concibiendo siempre lo mejor, y siempre paralizado por la falta de dinero Siete Es das era mucho menos apto para gobernar sus escasos intereses que el ignorante y obstinado Va-sin-Miedo. Este tiraba del arado como el buey que cumple su trabajo, sin calcular el del día siguiente. Como no sabía leer, no escribía nada, pero se acordaba de todo con la exactitud milagrosa de los cerebros incultos que no cuentan más que con ellos mismos. Ningún tormento de imaginación ó de amor propio le apartaba de su fin. En resumen, entre sus manos la fábrica presentaba una pequeña renta clara y casi segura. Esperando doblar el capital en pocos años, Siete Espadas había contado con esos milagros que el orgullo acaricia, pero que



no se realizan casi nunca por medios escrupulosos y prudentes.

Al ver el curso de las cosas humanas y computando las suertes comerciales por todas partes donde pasaba, el armero, en adelante más sentado y experimentado, llegaba á convencerse que no había hecho una mala colocación de sus ahorros, pero que no compraría nunca una casa pintada y un parque con flores en la ciudad alta, decepción que no era nueva para él, y que ya no le preocupaba en sí, pero que se encadenaba con el arrepentimiento y el pesar de no haberse casado con Tonina. Pensaba con amargura en la dicha de Gaucher, quien, viviendo para los objetos de su afección ardiente, había olvidado tan fácilmente las tentaciones de la vida cómoda é independiente. Esa austera felicidad que le había parecido una prisión humillante se presentaba ahora á Siete Espadas como una visión evaporada en medio de un desierto. El Zurdo, en su carta, no mencionaba el nombre de Tonina. Asi lo había querido ésta, la cual como no recibiera contestación de Siete Espadas y no le viera regresar, habíase persuadido naturalmente que le había hecho un sacrificio inútil y que el dolor había volado al cambio de aires. De vez en cuando, Siete Espadas en pocas palabras había dado señales de vida á los demás, afectando siempre una gran tranquilidad de ánimo y no hacía ninguna alusión, ninguna pregunta relativa á Tonina. Creía que estaba casada y deseaba no saber nada de ella. El silencio de Gaucher sobre el particular le confirmó en su creencia. El Zurdo ya le decia que habia debido recibir otras cartas de la población:

—¡Pues bien!–contestábase Siete Espadas–no las he recibido y es tanto mejor para mí! Sin duda me relataban la boda y el elogio del señor Anthime. Todo eso ya no me importa; he hecho lo que era preciso para no poner obstáculo á la felicidad de los demás; la mia no ganaria nada si conociera los detalles.

* * *

Por todas partes donde se detenía, notábanle como obrero de primera orden y deseaban tenerlo fijo. No era obrero especial, es decir que no era de los que pasan su vida haciendo una pieza determinada á la perfecciôn, sin ser capaces nunca de hacer una diferente. En un gran taller la fabricación se parece á un canto en el cual cada uno daría su nota á propósito, sin aprender jamás la de antes ó la de depués. Los hombres hábiles saben hacerlo todo, y pueden pasar de un banco al otro con tanta habilidad y rapidez como si cada artículo fuese el objeto exclusivo de sus estudios. Siete Espadas era de esos, y cuando se vió en disposición de ejercitarse en la cuchillería fina, en las armas blancas de lujo, encontró placer. Le gustaba lo que es bello. Habiéndose presentado la ocasión de estudiar la cinceladura y el taraceaje, su placer aumentó. Era casi el arte, y podía serlo completamente, porque tenía gusto y sentía que la invención le acudía.



—Pero ¿para qué aprender todo eso?—decíase en sus momentos de tristeza y reflexión;—en la Ciudad Negra no tendré nunca ocasión de hacer más que mercancía grosera, oficio sin originalidad ni inspiración. Y aún cuando abandonase completamente mi país para establecerme en los que se trabaja mejor ¿no estaré siempre perseguido por la idea de hacer mejor sin poder satisfacerla?

Estudiaba también la mecánica, y al principio sintióse muy humillado al ver los mil proyectos, las mil invenciones con las cuales había martirizado y alimentado la imaginación, aplicados con grandes perfeccionamientos, con los cuales, no había pensado. Lo que no se hacía en la Ciudad Negra tenía su razón para no ser adoptado: la falta de medios, de espacio, de grandes motores, de grandes cursos de agua, de brazos, de mercados, de capitales. Es fácil ver lo que sería mejor, pero trátase de poder hacerlo; toda la ciencia de la industria, está en el equilibrio de estos dos términos. A algunos, el genio que fecunda con abundancia los pequeños medios, pero á una multitud de inteligencias inquietas, la ambición de las vistas mal combinadas y de las voluntades sin potencia. El primero se manifiesta raramente y por excepción: los demás abundan y abortan.

No obstante, Siete Espadas, consolóse al contratar la difusión rápida de las buenas invenciones y el brío qué dan á una multitud de modificaciones y perfeccionamientos de detalle que las circunstancias locales inspiran á los prácticos inteligentes. Si la ambición del alma aspira á cambiar por todas partes de rondon la faz de las cosas, es preciso

triunfar ó volverse loco. Siete Espadas que había tenido las alucinaciones de la juventud, se volvió más frío y prudente al ver, en los diferentes talleres, á muchos obreros capaces y formales que mejoraban los procedimientos y sacaban partido de lo posible, sin creerse ser unas notabilidades y sin aspirar á ser llevados en triunfo. Reconoció que en una época de actividad general y de construcción siempre creciente, los grandes inventores debían ser siempre más raros, y deberse tanto los unos á los otros, que un día acaso sería muy difícil precisar la propiedad de un descubrimiento.

Todas estas reflexiones, ayudadas por la conversación de fabricantes instruídos y obreros hábiles que buscaba por todas partes y que se complacían esclareciéndole, le devolvieron por fin la calma y la modestia que le habian faltado. Cesó de despreciar los pequeños esfuerzos y creerse llamado á altos destinos. Como Audebert, aunque en otra clase había sufrido la enfermedad del siglo. Se envió por la razón que era joven y perspicaz.

Su amor desgraciado, le sirvió también de buena lección. Una falta es á veces la salvación de un alma, cuando la falta es reparable y el alma generosa. Si ese joven había cometido faltas con Tonina, las había expiado mucho más tiempo de lo que habían durado, y su conciencia tenía el derecho de no hacerle ya muchos reproches.

Estuvo muy lejos de su país, en la frontera, hasta en Alemania, vanagloriándose siempre que de una vida activa y formal disiparía sus penas.

Sentíase fuerte y dueño de su voluntad, pero era con la condición de no permanecer en el mismo lugar. Desde que empezaba á establecer alguna relación agradable en una ciudad, la vista de la felicidad doméstica le hacía sentir el vacío de su corazón, y se entregaba á algún proyecto de casamiento. La ocasión no faltaba. En seguida que veían su buena conducta y sus talentos, no le pedían nada más, y su pequeña propiedad que podía dar la prueba que era suya por las cartas de Gaucher, era un lujo para un obrera hábil como él: pero en el momento de contestar á las proposiciones de las familias, encontrábase tan espantado, que se daba prisa en marcharse. La imagen de Tonina, colocábase entre él y todos los objetos nuevos, qde no hablaban más que á su vista. Ella había echado sobre él como un hechizo, y en efecto, acaso existía uno particular en ella.



En Alemania, Siete Espadas hallaba bellezas más cumplidas, cabellos de oro, ojos de turquesa, mejillas de rosas, una límpida mirada de inocencia, una sencilla sonrisa de bondad. Era como la invitación al reposo del alma, á la rutina de la costumbre, á la nada de la imposible seguridad. Su imaginación estaba un instante por esas gracias confiantes y ese sentimentalismo lozano que parecía esperarle para quererle y cuidarle; pero decíase pronto que el enamorado apaciblemente esperado, era lo mismo él que otro, y que si no se encargaba de la felicidad soñada, otro la realizaría lo mismo que él. Entonces volvía á ver á la *princesa* de la Ciudad Negra con su palidez pensativa, su misteriosa, su alegría sin alboroto, su abnegación sin afectación, sin sensibilidad, sin bobería, su imaginación penetrante, que nada podía engañar, y su voluntad fuerte que

lo perdonaba todo. Tonina no era una mujer como las demás, y pensando en ella, el joven obrero sentiase subir encima de su esfera, mientras se sentía bajar más abajo, desde que buscaba á acomodarse con otro amor.

Y luego hay también una ley de la naturaleza que condena á una tenacidad singular los amores no satisfechos. Es triste de decir, pero se olvida más á menudo á la mujer que ha dado alguna dicha que á la que la ha negado. Siete Espadas combatió valientemente su orgullo, cuyos peligros había reconocido; pero uno no se modifica, no se transforma, y existía en él una herida que manaba sangre siempre. La notaba sobre todo en el momento en que se vanagloriaba olvidarla, y entonces renunciando á curarla por una reacción de su voluntad, volvía á tomar el bastón de viaje diciéndose:

—Dejemos transcurrir el tiemo; mi mal pasará más tarde, y acaso sin que me ocupe de él.

* * *

Un día, á una carta de reproches de Gaucher, contestó confesando todo lo que había padecido, todo lo que había sentido, todo lo que había modificado y corregido en su alma. No nombró á Tonina, pero su secreto se adivinaba fácilmente. Su carta era



digna, sincera y afectuosa. La terminaba diciendo: «Es preciso que me perdones, mi buen compañero, por haber tardado tanto en abrirte mi corazón. Espero siempre la tranquilidad, que no ha venido bien aún, pero que ya no está tan ausente como por lo pasado. Tengo días en que estoy casi contento en haber buscado en paises lejanos la instrucción que yo solo no podía adivinar. Acaso una cosa que me devolvería la tranquilidad completa, sería saber si la persona con la cual he pensado tanto, está contenta de su casamiento como lo merece. Si hasta ahora no te he preguntado por ella, y si no te pregunto aún, no es que la haya olvidado, acaso es lo contrario; pero llegará un tiempo, es preciso esperarlo, que podré oir hablar de ella sin cometer la necedad de llorar.

«Te escribo desde una casa de campo muy hermosa, en la cual, estoy por algún tiempo, y á donde puedes contestarme. Hasta te diré que por la última vez, al menos, tengo algún pensamiento de casarme por estos paises; pero no espero mucho mejor de mí para eso que las otras veces. El corazón no puede despertarse. No importa, guarda siempre calor para tí, para tu Lise, y tus hijos que deben ser muy hermosos. Te doy las gracias por haber puesto mi nombre al tercero. Es una prueba que pensáis siempre en mí. ¡Ojalá no sufra jamás lo que he sufrido, ese pobre pequeño, que será un hombre! Si alguna vez tengo la dicha de abrazarle, sabré decirle que no hay felicidad más que en el amor y la amistad, y que toda la alegría que se busca en otra parte, no vale la pena que uno se dá para correr tras ella.»

La casa de campo, en la cual se hallaba entonces Siete Espadas, era la propiedad de una viuda de colono bastante rica, dos ó tres años más vieja que él, pero agradable, de un tipo moreno y pálido que le recordaba vagamente el de Tonina. Esta vez, realmente tentó atarse, no tanto á causa de la mujer que no le gustaba más que por reflexión, y como al través del recuerdo de otra, sino á causa de la poesía de un pais magnífico y en la esperanza de una vida apacible y útilmente laboriosa.

Entró por casualidad en casa de aquella viuda. Ella le distinguió al primer golpe de vista y había sabido retenerle pidiéndole sus consejos para la reparación de una máquina agrícola que él se entretuvo en perfeccionar simplificándola. Hacía más de un mes que estaba en casa de ella, sin decirle nada que pudiera comprometerle, pero sin poder negarse á comprender que la señora no le habría rehusado su mano ni su corazón. Hablaba bastante bien el francés, y Siete Espadas había aprendido un poco de alemán. Cierto día estaban sentados debajo de unos magníficos tilos, á alguna distancia de la casa, mientras la viuda pasaba revista, á la entrada del corral, al rico ganado de su pequeña heredad. De cerca, no era fea; de lejos, era bella á causa de su talle bien formado y de sus modales desenvueltos. Las vacas gordas y las pesadas ovejas que la rodeaban, la casa blanca ocultada en las espesuras del verjel florido, los grandes pastos y los verdes sembrados de la llanura tersa como el mar, el horizonte fino y vaporoso, formaban un cuadro lleno de harmonía, de dulzura y de majestad serena.



La brisa primaveral inclinaba ligeramente las jóvenes espigas y traía los perfumes del heno nuevo. «La felicidad está aquí, díjose el joven desterrado. Acaso no está para mí, pero está para quien fuera prudente y paciente. Sin duda, en esta vida lenta y uniforme de la tierra, el corazón de un hombre activo, á veces ahogaría muy bien al que lo lleva. Esta naturaleza que cumple su cometido á pasos contados, día por día, hora por hora, y que no obedece al hombre sino con una regularidad imponente, es como una ley sorda y ciega que se ríe de nuestras fiebres de actividad. Es también un yugo que se retiene aún mejor que el buey enganchado al arado, porque no es preciso dejar la tierra cuando uno se ha casado con ella. Es un taller de trabajo que no se traslada y que es preciso defender siempre, no solamente contra el vecino, sino contra los pájaros del cielo y los insectos ocultos en la hierba. Es un presidio con cadenas de flores, una preocupación solemne, silenciosa y sin tregua.

»¡Pero también ¡qué grandeza en la duración de las cosas del campo! Como las más ingeniosas producciones del artista y del obrero son poca cosa en comparación de la majestad de un roble añejo! ¡Como el cielo es vasto en esas llanuras sin accidente y sin fin! ¡Y qué música discreta y penetrante en esos follajes que el aire de un día hermoso acaricia con respeto! ¿Es que aquí los humos del orgullo y las inquietudes del alma no deben entremecerse poco á poco sin que hasta sea necesario combatirlas? ¿Acaso no hay un encanto más poderoso que todas nuestras imaginaciones en ese reposo aparente que culta el misterioso trabajo de la tierra?

»Sí, aquí se debe volver uno sino mejor, al menos más digno y austero. Las vanas sensibilidades, las punzantes aspiraciones deben embotarse y hacer lugar á una especie de fatalismo robusto. La vida de hierro y de fuego del industrial es un delirio, una apuesta contra el cielo, una contínua lucha contra la naturaleza y contra sí mismo. La del campesino es una sumisión prolongada, semi oración y semi sueño. El desprecio de los tormentos y de las alegrías que nos consumen está escrito en su cara, que no sabe reir ni llorar. Contempla y medita. Espera siempre algo que, un poco más pronto, un poco más tarde, debe llegar con seguridad, lluvia ó sol, sombra ó luz; mientras que el obrero, sepultado en las minas ó inclinado en el taller sombrío, tiene siempre la imaginación y la vista dirigidas hacia un único punto, el agricultor mira arriba lo que, de los royos ó de las nubes, debe venir á dar el último y soberano retoque á su obra. Ambos han regado su trabajo con los sudores de su frente; pero el obrero no ha confeccionado más que un instrumento destinado á usarse y á desaparecer, una cosa frágil que no volverá á ver nunca más, de la cual, no conocerá el destino ni la duración; el campesino ha fecundado algo de eterno que dormitaba; y que vuelve á empezar á vivir al salir de sus manos, algo que es activo é inagotable, que debe florecer y fructificar ante su vista.»

Así soñaba el jóven, traduciéndose para sus adentros sus propios pensamientos bajo una forma que no necesitaba palabras para pintar las vivas imágenes. Había olvidado á la viuda, pero sentía que se volvía enamorado del campo. Acordábase de sus



primeros años, su pobre valle lleno de piedras, las cabras de flancos flacos colgadas á los arbustos, su miseria, sus pies descalzos y su ignorancia de lo mejor, tan llena de dulzuras y de incuria. «¿Por qué no me he quedado así? decíase: ¡Ciertamente, no había sufrido tanto! Todo lo que he adquirido me ha hecho ávido de lo que no podía adquirir. Y ahora, si pudiera olvidar lo que he vivido y contentarme con el trabajo sin ardor, con la amistad sin amor, con el porvenir sin imprevisto, me volvería tranquilo bajo este gran cielo puro, y sobre todo esta tierra bendita.

La cosa más sencilla me causaría aún mucha alegría; el nacimiento de un cordero en mi paja, el canto de una gallina en mi corral, la carrera de una liebre en mi campo, serían acontecimientos en mi vida, y ¿quién sabe si no llegaría un día que me volvería loco de contento y me henchiría de orgullo al ver engordar un buey en mi establo?»

Siete Espadas estaba en este punto de sueño, renovando á pesar suyo la fábula de la lechera y del jarro de leche, cuando un cartero que recorría la llanura, yendo de un cortijo al otro, le entregó una carta de la Ciudad Negra, en la cual, á pesar de su sello de la salida muy atrasado, leíase como una ironía del destino de los ausentes: *hacer llegar á su destino sin retraso; muy urgente.*

## XIII

La carta era de Lise; Gaucher, había escrito deprisa: la dirección estaba mal puesta:

«Querido amigo, decía; si su corazón no ha cambiado mucho, urge que usted regrese al pais. Su padrino va bien y nosotros lo mismo; pero la pobre Tonina, enferma desde hace mucho tiempo, no se encuentra aún en estado de trabajar y se halla con tantas deudas por los gastos de su enfermedad que necesitaría hacer milagros para pagarlas todas. Sin nuestras amistades, que no la abandonarán jamás, la miseria reinaría en su casa; pero sufre tanto pensando que nosotros nos privamos por ayudarla, que tememos verla morir por querer hacer más de lo que puede, ó por el tormento que de á su imaginación. Hemos pensado en usted, que tiene algo y no tiene familia. Acaso, al regresar aquí, sabría usted decidir á esa pobre amiga á que acepte sus cuidados, sus socorros y su amistad, que no ha cesado de merecer.»

¡Tonina no estaba casada pues! La alegría fué el primer sentimiento que dominó la emoción de Siete



Espadas. No paró mientes en la inquietud. Tonina no estaba perdida, puesto que le pedían socorro; no se tienen tantas previsiones para los que se van á morir; además el amor hace milagros, y Siete Espadas sintió que amaba á Tonina más que nunca.

En un instante desaparecieron los fantasmas de su dicha campestre. Miró en torno suyo como al despertar de un sueño profundo; encontró la llanura igual y estúpida, la casa pretensiosa, los animales sucios, la viuda sin juventud y sin encantos. Y como aquella pobre mujer espantada le preguntára si verdaderamente estaba decidido á dejarla:

—¡Eh, sí,—contestóle bruscamente.—¿Le he prometido quedarme, yo, y no le he dicho que estaba casado en mi tierra? ¡Mi mujer está enferma! ¡adiós! He trabajado por usted con gusto... Guárdese el dinero, no quiero nada de aquí.

¡Y huyó, ligero como el pájaro que emigra á la primavera!

En seguida que vió un coche de alquiler, subió en él, de allí á un tren, y por fin, al cabo de cinco dias de viaje tan rápido como posible, vióse á pié, arriba del camino de montaña, encima de los abismos que se entreabren para recibir en sus flancos ariscos las casas apiñadas y las máquinas ruidosas de la Ciudad Negra.

Había aún cerca de una legua de bajada para llegar. Andaba tan aprisa que sus pasos dejaban á penas su huella en la arena del camino y no obstante su corazón le ahogaba. ¡Qué noble y hermoso le parecía todo en aquel Valle del Infierno! ¡Cuán le-

jos estaban las grandes praderas tristes y los establos repletos de la viuda alemana! Esos peñascos dentados como una sierra en los cuales se cernían los buitres, esas aguas violentas abriéndose paso por entre los granitos destrozados, esos bosques sombríos azotados por el viento en las alturas, y esos estrechos oasis en los cuales un rayo de sol encerrado por altos muros naturales fecundaba un rincón de verdor silvestre y algunos alamos medio desarraigados por las lluvias, todo eso formaba un espectáculo sublime y delicioso para el que el amor y la esperanza hacen regresar á su tierra.

Llegó encima de su barraca, y asomóse para mirarla. No pensaba bajar á ella, tenía mucha más prisa para ver á sus amigos que su propiedad, y sabiendo que un poco más allá, el sendero menos estrecho y menos difícil, que seguía el torrente, sería mejor para ir á prisa.

Sin embargo, como la barraca se podía ver en parte desde cierto ángulo del camino alto, podía concederle muy bien una mirada sin pararse; pero sea que en su turbación hubiera pasado el buen sitio, sea que los pinos que subían de los contrafuertes escarpados de la carretera hubiesen crecido durante su ausencia hasta el punto de ocultar toda aquella parte de la garganta, no vió el tejado de su fábrica, y continuó bajando hasta el ángulo de un bosquecillo desde el cual estaba seguro de descubrirla toda entera cuando dejara la carretera para tomar el sendero de la Ciudad Negra.

Cuando estuvo allí, la sorpresa se apoderó de él de tal manera que estuvo obligado á pararse, y durante un momento creyó que estaba alucinado.



No reconocia el paraje, lo buscaba vanamente en sus recuerdos. El recodo del rio habia desaparecido, y, en vez de seguir una pendiente oblicua y rápida, el agua caia en una capa recta cuyo rugido tenia algo de triunfante é implacable. El flanco del peñasco, antes erizado de rocas amenazadoras, presentaba un corte vertical que parecia muy reciente: en el lugar que debia encontrarse la fábrica con su esclusa y su pequeño puente rústico, veíase elevarse una masa confusa de peñas rajadas y destrozadas, sembrada de árboles rotos y áun verdes. Debajo de esa masa recientemente derrumbada la barraca sepultada no habia dejado vestigios como si no hubiese existido nunca.

* * *

El primer movimiento de Siete Espadas, cuando ya no le fué posible dudar de su desastre, fué digno de la noble humanidad:

—¡Ah! pobre Vá-sin-Miedo,—exclamó tendiendo los brazos involuntariamente hacia ese espantoso espectáculo.—¿Oh mis buenos obreros y mis pobres aprendices, estáis sepultados para siempre ahí debajo?

—No, á Dios gracias,—le contestó una voz ruda, al mismo tiempo que Vá-sin-Miedo se presentaba delante de él en el sendero;—fuimos advertidos por

un gran ruido de crugidos y una enorme rendija que se produjeron dos horas antes; tuvimos tiempo de sacar todo lo que podia ser llevado. Eso ocurrió hace unas tres semanas, y pensaba que te lo habian escrito, pero, en la duda todos los dias he venido á esperarte para que no tuvieras una mala sorpresa, y decirte que al menos no hubo ningún muerto.

—¡Entonces, alabado sea Dios!—contestó Siete Espadas abrazando á su encargado,—y si habéis salvado las herramientas, puedo reanudar mi antigua existencia; traigo mis dos brazos y no se ha perdido nada.

—Si tal, todo está perdido, porque las herramientas, se podian hacer de nuevo, y la casa, era dinero ganado; ¿pero qué quieres? el tio Audebert lo dijo muy bien, en otros tiempos, que era un lugar malo y que el diablo estaba escondido en él.

—Querido amigo,—contestó Siete Espadas,—el diablo que se habia escondido ahi, es el amor de la ganancia que empuja á los ambiciosos hasta los precipicios en los cuales la tierra falta bajo sus piés. Si antes hubiese sabido lo que sé hoy, no habria puesto mis esperanzas expuestas á todo lo que podria destruirlas de un momento á otro. Después de todo, no me debe penar demasiado una experiencia que me ha hecho más prudente, que al menos ha tenido un buen resultado, el de impedir á Audebert ir á la carcel, ó mendigar por los caminos, deshonrado y rechazado como un estafador. La perdida recae sobre mi, que soy joven y puedo revelarme aún, sin perjudicar á nadie. No tenemos deudas ¿no es verdad?



—Al contrario, tenemos ganancias. ¡Ay! ibamos muy bien; pero después de todo acaso será mejor para ti entrar en el nuevo taller que han establecido en la ciudad. Yo ya he encontrado trabajo en él, y tú, con los talentos que tienes, estoy seguro que van á buscarte para darte una buena colocación. ¿Sin duda, en las cartas que te escribian para hacerte regresar, te han hablado de eso?

—¡No, hay algo que me interesaba más y de la cual vas á hablarme!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO.

* * *

Siete Espadas iba á pedir noticias de Tonina prosiguiendo su camino aprisa con Va-sin-Miedo, cuando se paró de nuevo, sorprendido por un espectáculo muy extraño. Era un anciano completamente calvo que llegaba á su encuentro con una corona de laureles á la cabeza y una docena de chiquillos que le seguían bailando; él, cantaba con voz cascada, dando golpes con sus manos y animándolos con el gesto, con aire formal y juguetón á la vez.

—¿Qué es eso?—preguntó Siete Espadas con espanto.—¡Que Dios me perdone! ¿no es Audebert que se ha vuelto loco?

—¡Pues bien! sí,—contestó Va-sin-Miedo:—no han querido escribírtelo; pero ya hace algún tiempo que tiene la cabeza completamente vacía. ¡La culpa la

tienen esos gandules de la ciudad alta, que tu padrino tiene mucha razón en despreciar! Han tenido envidia porque en la Ciudad Negra había un cancionero más sábio que todos sus caballeros, y han querido festejarle para vanagloriarse á la vista de los forasteros. Le invitaron á no se que payasada que ellos llaman una sociedad académica. Le dieron un banquete, y le pusieron laureles á la cabeza, y tantos honores, cumplidos, y soeces, que nos lo mandaron como ahora está. Creyeron que se había emborrachado y que al día siguiente le pasaría; pero nada de eso. Hé aquí tres meses que ya no hace nada más que correr por las calles y caminos con su corona y una multitud de pilluelos á sus talones.

—¡Pobre Audebert!—dijo Siete Espadas, con los ojos llenos de lágrimas.—Debía concluir así. ¡Vamos! ¡no he regresado pues, sino para verlo todo en ruinas!

Y salió al encuentro del anciano poeta, que llegaba lentamente, parándose á cada paso para declamar ó hacer recitar versos á su cortejo de niños, dando su corona ora á uno, ora á otro, recogiéndola y elevándola al aire con gestos de invocación entusiastica.

Va-sin-Miedo, al ver que Siete Espadas lloraba, le dijo:

—«¡Sin embargo, no debes afligirte mucho de lo que ves! Jamás el anciano ha estado tan bien, acaso jamás ha sido tan feliz. Antes, tenía días de cólera, semanas de pesar, meses enteros que no trabajaba, y que sus amigos, unas veces el uno atrás del otro, se encargaban de cuidarle. Ahora, como



no trabaja nunca y se está seguro que no es por su culpa, todos tienen sumo cuidado de él. Es preciso decirlo en honor de la ciudad baja; entra por todas partes, y todos pobres ó ricos le dan de beber y de comer lo que tienen de mejor. También puedes ver que está más lozano y menos flaco de lo que le has visto nunca. Tampoco es preciso creer que esté despreciado ni que fastidie á la gente. Tiene siempre mucha imaginación, y como no tiene quebraderos de cabeza, no dice más que cosas agradables. Habla muy formalmente horas enteras, y los forasteros que vienen á verle se van diciendo que no tiene nada de desarreglado en el cerebro, sino algo que hace creer que es un fulano antiguo á quien llamaban Pindaro en la antigüedad. Eso no hace mal á nadie, y todos se han avisado para no contrariarle sobre el particular. Slempre es muy buen hombre, muy humano, y hace poco tiempo en una casa que estaba ardiendo, entró al través de las llamas, diciendo que *los dioses* debían protegerle. El hecho es que se dice que hay uno para los enamorados, uno para los borrachos y uno para los locos, lo que harían tres: la cuestión es que Audebert pasó por el fuego sin quemarse, y salvó á un niño que no tuvo más mal que él. Mira, es ese, el pequeño rubio que le tiene siempre la mano. Hay personas que han querido ver en eso un milagro, y para esas Audebert es más pronto un santo que un maniático. Lo que seguro, es que el infeliz ha tenido y tendrá siempre un gran corazón y muy bueno, y que cada uno se hace un deber protegiéndole. Esos niños que ves saltar en torno suyo, son sus pequeños guardianes. Sus padres les han recomen-

dado mucho que no le dejaran suceder ningún mal, y si hubiese uno bastante perillán para insultarle y burlarse de él, le verías que los demás le echarían, le pegarían. Hoy son estos, mañana serán los otros; les mandan que lo guarden como en la escuela. El anciano no les enseña nunca necedades; muy al contrario, de vez en cuando les enseña cosas bastantes bonitas; pero helo aquí, que te ha visto y te reconoce, porque llega con los brazos abiertos. ¡Llámale Pindaro, y todo irá bien!»

Siete Espadas enternecido estrechó contra su corazón al anciano poeta y pronto reconoció que Va-sin-Miedo no le había engañado.

* * *

Audebert era feliz. Pensaba que por fin el mundo le había hecho justicia, y desde que estaba soñando estar en el colmo de la gloria, era modesto y hablaba muy poco de él. Firmábase Pindaro y llevaba laureles: en eso consistía toda su locura y la debía acaso á unos malos versos que le había dirigido en el banquete famoso, versos en los cuales le habían comparado con el poeta de la antigüedad. Ese error acarreaba lógicamente en él de no poder persuadirse que Pindaro, vuelto á la tierra, pudiese sugetarse al oficio de cuchillero. Encontraba pues muy natural que los hombres se apresuraran á ofrecerle la mesa y la hospitalidad, y no cometía indiscreciones, porque se había hecho muy sóbrio, y su clientela era bastante numerosa para que durante todos los días del año, pudiese entrar en una casa diferente sin importunar á sus moradores.



Habló un instante con Siete Espadas de la manera más cordial, siempre un poco vaga, pero alegre, y sin parecer extraño á ninguno de los acontecimientos de la realidad.

—Has perdido tu fábrica,—le dijo.—La montaña ha querido vengarse de nuestros desafíos. Veo que lo tomas con valor y cordura y tienes mucha razón. La felicidad no está en un montón de piedras, y, lo mismo que yo, no estabas destinado á ser el esclavo de una máquina. La alegría te espera en la verdadera morada, la del amor y de la amistad; es por lo que te dejo, pues debe correrte prisa por ver á lo que amas!

Volvió á abrazar aún á Siete Espadas y continuó su paseo con los niños, que volvieron á darle escolta, orgulloso de mostrar al viajero el cuidado que tenían de él.

—¡Démonos prisa,—dijo Siete Espadas á su compañero,—tengo ganas de llegar! y no obstante me pregunto sino deberia mandarte adelante para prevenir á nuestros amigos. Temo que Tonina...

—¡Bah! ¡bah! ¡Tonina!—contestó Va-sin-Miedo encogiéndose de hombros;—¿acaso piensas aún en ella? ¡Hé aquí lo que no sería razonable á mi parecer!

—¿Qué quieres decir?—exclamó Siete Espadas:—¡Ah! si, comprendo! piensas que está enferma, po-

bre, llena de deudas, y que, arruinado como estoy, regreso para casarme con la miseria? ¡Te equivocas compañero! No hay miseria para el que tiene valor y un poco de talento, y además al que ama no le es nada imposible.

—Me estás diciendo cosas de las cuales no comprendo nada absolutamente,—observó Va-sin-Miedo. —Es preciso que no sepas... Pero hé aquí Lise, que también viene á esperarte, y que sabrá lo que tienes en la cabeza: quizás son asuntos que no me importan, por lo tanto, os dejo solos.

En efecto, Lise llegaba con sus tres hijos, porque había un tercero, aun más hermoso que los dos primeros. Rosita había crecido de toda la cabeza; iba siempre arcada, como en los tiempos que Tonina peinaba sus cabellos rubios y doblaba su collarcito blanco. La misma Lise iba bastante bien vestida, pareciendo haber rejuvenecido.

—¡Vamos!—le dijo el viajero dándole un abrazo. —¡Por vuestra parte al menos, todo va bien, y es un consuelo para mí! Eso me hace esperar también que voy á encontrar á Tonina...

—Tonina va mejor, desde que espera tu regreso; encontrándose tan restablecida, que hoy ha querido salir en un carruaje que le han prestado. No la verás hasta dentro una hora ó dos.

—¡Cómo! ¿Ha salido á paseo, y no ha tomado el camino por que yo debia llegar?

—¿Y quién sabia por qué camino regresarías? Y en fin, después de mucho esperarte, ya no sabíamos que resolución tomar. Sin embargo, como que no la hallarás en su casa en seguida, podemos hablar un



poco aquí, porque, te lo confieso, estoy cansado de llevar ese grueso muchacho por las cuestas.

Y se sentó sobre la hierba con su hijo encima de las rodillas.

—Usted me inquieta mucho, Lise,—repuso Siete-Espadas.—O Tonina está más enferma, ó mejorada por completo, y usted quiere prepararme antes de verla.

—Si Tonina estuviera más enferma, no me verías aquí,—contestó Lise.—En cuanto á estar muy cambiada... si eso fuese, querido amigo, si se hubiese vuelto fea, si hubiese perdido sus hermosos cabellos, y, en fin, si hubiese envejecido y fuese algo paralítica, ¿qué dirías?